

2

Ávila es una urbe de piedras viejas, pero en épocas antiguas bullía de gentes, por ser una de las más importantes ciudades de Castilla. Sus calles han sido remozadas a través de los siglos, con edificios que actualizan el viejo trazado urbano. El cual no amplió su extensión hasta fechas recientes, por lo que la modernidad fue llegando a la zona antigua con un lavado de cara, sin modificar en exceso su ordenación. El centro de la ciudad amurallada tenía sus calles llenas de mercerías, bares, tiendas de ultramarinos o de deportes, que han desaparecido, casi en su totalidad. Los centros comerciales de las afueras y la mayor vitalidad de los barrios han vaciado el centro histórico, proceso que comenzó poco antes del cambio de milenio. En su lugar tan solo se encuentran escaparates empapelados o tapiados que esconden ruinas. Pero uno de ellos ha tenido un lavado de cara, distinguiéndose de las construcciones aledañas, todas de tres alturas. Se trata de una antigua mercería remozada, que brilla por contraste con los locales que le rodean. No se ha modificado su estética, aunque se ha cerrado el escaparate con unas persianas. A su izquierda, se abre una puerta de madera de ambición señorial, con una placa cromada donde puede leerse: «MERCERÍA Y ASUNTOS SECRETOS».

Tras pasada la puerta de madera, aparece un amplio recibidor con un suelo de relucientes láminas de tarima flotante y una mesa de información en frente. Por la derecha se entra al gran despacho, donde Elicio despachaba en ese momento con Agustín, su amigo y colaborador. Lo cierto es que llamaban despachar a cualquier cosa que hicieran en el despacho, tanto a un roto como a un descosido, hablando en jerga del sector de la mercería. Desde esta pieza se accede a lo que había sido la trastienda, que está amueblada de estanterías y armarios. Además, contiene una gran mesa de reuniones, varias mesas de trabajo y un espacio ocupado por dos tresillos enfrentados.

Esta gran habitación se comunica también con el recibidor, en el cual se abre otra puerta más, cerca de la mesa de información, al fondo a la izquierda... Exacto. Al fondo a la izquierda no podía haber otra cosa que un baño. Pero no de los de bañarse, pues era un servicio, por lo que se excusa mencionar su función de excusado.

Todo en el local es nuevo y de buenos materiales, excepto un detalle. Más bien un par de detalles: dos maniqués de figura humana y cuerpo entero

en el recibidor, al lado de la puerta de la calle. Uno de los maniqués de sexo masculino y el otro femenino, cuyas diferencias son las que la naturaleza utiliza para diferenciar a hombres y mujeres.

Los maniqués son lo único que pervivió de la mercería y es un decir, porque más que pervivir parecía que hubieran sobrevivido a una catástrofe. De madera, desconchados por zonas y sobados en las cúspides pectorales de la figura femenina y en los genitales insinuados de la masculina, su utilidad es la de simples percheros.

A pesar de estar en los albores del verano, el maniquí masculino llevaba puesta una larga gabardina y un sombrero de fieltro. Más por capricho de Elicio, que pensaba que así ambientaba una oficina detectivesca, que porque esas indumentarias estuviesen en uso. Aunque él las utilizaba de vez en cuando para darse porte.

El maniquí femenino tenía puestas unas grandes bragas de encaje y en una mano portaba una gorra a lo *elemental, querido Watson*. Detalle así mismo detectivesco. Lo de las bragas, que comenzó como una broma, había persistido debido a la invisibilidad que adquieren los objetos por la práctica de verlos a diario. Eso sí, con la firme oposición de Primitiva, la esposa de Elicio, que siempre se opuso a tamaña estupidez, sin mucho éxito.

Sonó un timbre.

—Llaman a la puerta —dijo Agustín.

—Pues abre —respondió Elicio.

—No quiero, que seguro que es tu Primi.

—Ya estamos otra vez. ¿Qué pretendes? ¿Que vaya yo?

—¡A ver quién, si no!

—Equilicué. Pues tú, Agus, que eres el secretario de la agencia.

—Secretario, pero no recepcionista. Y si lo fuera, no quiero recepcionar a tu prima.

—Mi esposa, no lo olvides. Y no es mi prima, sino prima lejana.

—Ojalá lo fuera... Lo de lejana, digo —añadió Agustín, que no se llevaba muy bien con ella. Mientras se enzarzaban en la discusión, la llamada al timbre arreciaba.

—Ya sí que no abro —dijo Agustín ante el incremento de los timbrazos—, que no quiero verla normal, cuanto menos cabreada.

—Se acabó, o abres o te despido. Ya me dijo mi Primi que te me estabas subiendo a las barbas. Bueno, ella dice «subiendo a las bravas», pero viene a ser lo mismo.

—Me despedirás cuando empieces a pagarme.

Al final, Agustín dio su brazo a torcer y salió del despacho refunfuñando. Cuando abrió la puerta ya no había nadie, pero un individuo que escuchó abrirla se detuvo calle adelante y se giró. Comenzó luego a caminar hacia Agustín, que encogía los hombros.

—Perdone, ¿Elicio Iborra?

—Sí —respondió Agustín—. Es decir, no. —Ante la indecisión del hombre, aclaró—: Ha dado con su mano derecha, Agustín Nieto, para servirle. Esto es la agencia «Elicio Iborra, detective privado» y yo soy el secretario ejecutivo.

—Menos mal. Me ha costado mucho dar con ustedes. Quisiera plantearles una investigación. Me dijeron que era aquí, pero ese cartel me tenía despistado. —Señaló la puerta—. ¿Mercería y asuntos secretos?

—Sí, verás, es que esto antes era una mercería y aún nos falta algún papeleo para poder colocar el rótulo de «agencia de detectives» y mientras tanto nuestros asuntos son secretos.

—Se trata del agente Iborra, ¿no? El policía local.

—Policía, sí. Y de prestigio, no vaya usted a creer. Pero en sus ratos libres, cuando se quita el uniforme, es detective privado. Pase, pase, que le atendemos dentro.

El individuo penetró en el local, seguido de Agustín, que le indicó la puerta del despacho. Allí estaba Elicio, con una postura un poco estudiada: los pies sobre la mesa, recostado en la butaca y las manos cruzadas tras la cabeza. Pero al ver que quien entraba no era Primitiva, se desestabilizó y casi se cae al suelo. Recompuso su figura rápidamente, sin poder evitar que sus mejillas se sonrojaran, mientras guardaba en el cajón la «reglamentaria», que es como llamaba a su pistola, la cual había dispuesto previamente de forma estratégica sobre la mesa.

—Señor director —dijo teatralmente Agustín, mientras guiñaba un ojo—, nuestro primer caso... Después de los anteriores.

—Es un placer —indicó Elicio, poniéndose en pie y tendiendo la mano al visitante—. Caballero, Elicio Iborra, director de la agencia.

—Pero tienen detectives de verdad, ¿no? —repitió con perplejidad el hombre, mientras le estrechaba la mano, por el cúmulo de disparates que estaba observando.

—Equilicuá. Así es, caballero. Esta es una agencia seria. Yo soy el director y cuento con los mejores investigadores. Titulados en criminología,

no vaya a creer que sus títulos son de metafísica o de aritmética. Pero, siéntese.

El recién llegado se sentó en una de las dos butacas enfrentadas al escritorio, tras lo cual hizo lo propio Elicio. El visitante se dio cuenta de que le recordaba a Mortadelo, de *Mortadelo y Filemón, la película*. Tal vez se había equivocado, pues más que un detective serio lo parecía de tebeo.

—Me llamo Amadeo. Amadeo Solís García —le tendió una tarjeta de visita, que recogió Agustín y se la acercó a Elicio a la mesa—. Y debo confesarle que acudo a su agencia tras haber sido rechazado por varias otras, con la excusa de que los detectives privados no pueden realizar investigaciones de casos penales. Pero una conocida, Samanta Galán...

—Equilicuá —cortó Elicio.

—¿La conocen?

—Desde luego, es un conocimiento que tenemos. Es muy conocida en ámbitos detectivescos, sobre todo en casa de Ricardo Bolaños, nuestro mejor detective.

En principio, Elicio iba a explicarle que era la pareja de su único detective real, pero pensó que los detectives privados no van largando todo lo que saben, que por algo es una profesión discreta. Así que calló sabiamente.

—¿Y ustedes investigan casos penales?

—Son los que más investigamos —respondió Elicio. Agustín, de pie junto al cliente, sonrió y levantó un pulgar a su compañero, en gesto de aprobación a lo que estaba diciendo.

Amadeo, aún receloso, manejó su teléfono móvil y le acercó la pantalla a Elicio. En un diario digital estaba la noticia de una mujer, ALH, que se había suicidado quemándose a lo bonzo, porque iba a ser desahuciada de su casa.

—Esta es mi Toñi. ALH, Antonia López Huertas. Mi mujer. Al menos legalmente, porque, aunque nos habíamos dado un tiempo y no convivíamos, aún no estábamos divorciados. Y yo puedo asegurar que mi Toñi jamás se quemaría a lo bonzo. Si hubiera querido suicidarse, habría utilizado cualquier otro método, excepto ese en concreto. Lo sé porque me hizo prometerle que, si acaso fallecía antes que yo, no la incinerase. La sola idea era superior a lo que podía soportar y la ponía enferma. Una fobia, ya ve.

—Ya —dudó Elicio—, pero comprenda que eso de las zódiac son embarcaciones rápidas, no crea que soy ignorante. Veamos, me habla de una

confesión que le hizo una persona fallecida y yo no puedo comprobar si es cierta, porque las muertas no hablan. Es lo que tiene.

Amadeo endureció el gesto por la insolencia, pero se contuvo. Ese tipo evidentemente era gilipollas. ¿Cómo podía estar al frente de una agencia de detectives? La explicación era sencilla, según le había contado Samanta. Detrás del inepto había un detective de verdad, que trabajaba en la sombra. De todas formas, no le quedaba otra opción, después de recibir tantas negativas en otras agencias de Ávila y de Madrid.

—Mire —volvió a poner la pantalla del móvil a la vista de Elicio.

—Ya lo veo. Es la nota del suicidio que apareció en las redes sociales. Lo han dado incluso en los telediarios de ámbito nacional.

—¿Y qué le parece?

—Que es un móvil nuevo. Muy chulo.

—¿Móvil nuevo? ¡Mis cojones! Céntrese, caramba. ¿No ve las faltas de ortografía? Claro, ¡qué va a ver!

—Pues no, oiga, deben ser las gafas. Es que no me las he puesto y tengo la vista tan cansada, que más que gafas necesito un sofá para mis ojos —sonrió haciendo un guiño a Agustín, que correspondió con un gesto, felicitándolo por la ocurrencia.

—Yo le aseguro que mi Toñi nunca pondría una falta de ortografía. Ni siquiera una abreviatura. Otra manía personal, a contracorriente de lo que hace hoy en día todo el mundo. Era filóloga, aunque trabajaba como administrativa en un estudio de arquitectura, hasta que la crisis envió a los arquitectos a plantar cebollinos.

—Pues una prima mía es Filomena y la llamamos Filo —apuntó Agustín inoportunamente. Luego apuntó un gesto mohíno, pero no le hicieron caso a ninguno de sus apuntes.

—Dígale a su investigador que comience a tirar del hilo por un tal Paco. No puedo darle muchos más datos, pero sí alguno que le ayudará a localizarlo: era la pareja actual de mi mujer: ya le he dicho que ella y yo nos habíamos dado un tiempo. Los dos vivían juntos en el piso donde la quemaron. El tipejo es un okupa, un vago, un drogadicto y lleva rastas, para más señas. Además, está metido en la PAH, que es la excusa con la que se arrimó a mi Toñi para aprovecharse de ella. Cuando la iban a desahuciar, buscó ayuda y ese individuo le comió el coco. Pregunten en la PAH y le encontrarán.

—¿La «pa»? —inquirió Agustín, viendo que Elicio se quedaba en la inopia, sin atreverse a preguntarlo él.

—Sí, la Plataforma de Afectados por la Hipoteca.

—¡Ah! La PAI —concluyó Agustín.

—Ese Paco es un vago, ya le digo —insistió Amadeo sin prestar atención a Agustín—, que quiere vivir sin dar un palo al agua y que no sabe ni hacer la o con un canuto. Ese drogata mató a mi Toñi en una discusión, estoy seguro, y luego la quemó para ocultar pruebas. A ella la acusan injustamente de suicidio, a cuenta de esa penosa nota de las redes sociales, que escribió evidentemente el de las rastas. Se trata de un asesinato, no le quepa la menor duda. Y ustedes tienen que investigar, para obtener pruebas incriminatorias y así poder demostrarlo. Bueno, ustedes o quien sea que investigue en esta agencia.